



Emilia Pardo Bazán

Cuentos

Estudio crítico de Félix Esteso Moya

SELECCIÓN

 Vicencs Vives

VICENS VIVES - EJEMPLO DE MUESTRA - PROHIBIDA SU COMERCIALIZACIÓN



EMILIA PARDO BAZÁN (1851-1921)

PERFIL BIOGRÁFICO

Origen, familia y formación

La primera mujer a la que se concedió una cátedra en España se llama Emilia Pardo Bazán. Fue una figura fundamental de la literatura española y del pensamiento feminista en el siglo XIX. Alfonso XIII, en reconocimiento por sus méritos literarios, le otorgó, además, el título de condesa, momento a partir del cual la autora firmó todas sus obras con esa distinción.

Emilia Pardo Bazán nació en A Coruña en 1851, en el seno de una familia aristocrática. Hija única de José Pardo Bazán y Mosquera, militante del partido liberal progresista, y de Amalia de la Rúa Figueroa y Somoza, recibió una educación excepcional para una mujer de su época.

Desde la infancia mostró una gran afición por la lectura y por la escritura. A los ocho años era una lectora incansable, a los nueve compuso sus primeros versos, y a los quince escribió su primer cuento, «Un matrimonio del siglo XIX», publicado en el *Almanaque de La Soberanía Nacional*. En sus *Apuntes autobiográficos* podemos leer:

«Siempre había sido yo de esas niñas que leen todo lo que les cae por banda, hasta los papeles de envolver azucarillos; de esas niñas a quienes se les da un libro y se están quietecitas



Casa noble del siglo XVIII situada en la calle Tabernas de La Coruña, donde Emilia Pardo Bazán vivió y compuso varias de sus obras. Hoy acoge la Casa-Museo de la autora y es la sede de la Real Academia Gallega.

[en una silla] y sin hacer diabluras horas enteras; de esas niñas que tienen a veces los ojos cansados y el nervio óptico débil, por haber pasado la tarde con la cabeza baja tragándose un librote. Los que me habían entregado, no me contentaba con leerlos una vez ni dos; si acertaban a gustarme, me aprendía trozos enteros de memoria, con esa fresca memoria de cera de la edad infantil; del *Quijote* sabía capítulos enteros».

La actividad política de su padre, diputado de las Cortes, propició que la familia se trasladara a Madrid, donde se desarrolló su esmerada educación: tendría el privilegio de asistir a un colegio francés en el que aprendió, además de esta lengua, inglés e italiano, lo que le permitió leer

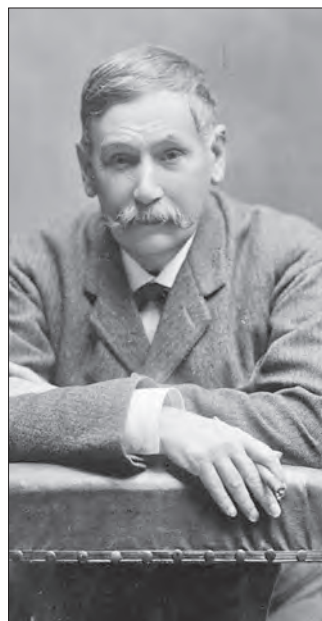
a los grandes autores en sus lenguas originales. Apenas tenía dieciséis años cuando se casó con un estudiante de Derecho, cuatro años mayor que ella. Era un periodo convulso para el país, y de cambios significativos en su vida. Ella misma se refiere a ese momento de la siguiente manera:

«Tres acontecimientos importantes en mi vida se siguieron muy de cerca: me vestí de largo, me casé y estalló la Revolución de septiembre de 1868».

La boda se ofició en la capilla de Meirás, propiedad de los padres de doña Emilia. La nueva familia estableció su casa en Madrid, donde la escritora continuó desarrollando sus inquietudes intelectuales. No obstante, nuestra autora reconoce que en aquella etapa de su vida abandonó un poco la lectura y la escritura:

«La Revolución de Setiembre ocurrió dos meses después de mi boda, y elegido mi padre diputado en las Constituyentes de 1869, empezamos a pasar la mitad del año en la corte, y en Galicia solamente los veranos. Mi amor a las letras, nacido conmigo en cierto modo, sufrió pasajero eclipse, naufragando entre las distracciones que ofrecía Madrid a una recién casada de diez y seis años, más niña aún por dentro de lo que suelen ser a tal edad las españolas, merced a su género de vida y educación y hasta a sus mismas aficiones de traga-libros».

Tras la entrada de Amadeo de Saboya y la guerra carlista de 1873, la familia se trasladó a Francia, y, posteriormente, realizó un extenso viaje por varios países europeos que amplió significativamente sus horizontes culturales. Emilia consolidó sus conocimientos de francés, inglés y alemán, gracias a su afición a leer a los grandes autores en sus lenguas maternas y no a través de traducciones:



A la izquierda, retrato de Benito Pérez Galdós fechado en 1890, época durante la cual el escritor mantuvo una relación sentimental con Emilia Pardo Bazán. A la derecha, escultura en arenisca de Emilia Pardo Bazán, realizada por Lorenzo Coullaut Valera, situada en los Jardines Méndez Núñez de la ciudad de Coruña.

«Era preciso leer a los autores en su idioma, me consagré a aprender el alemán con objeto de sepultarme en la lectura de Hegel. Así que empecé a saberlo, faltóme tiempo para dedicarme a la de Schiller, Goethe, Heine, Bürger».

Aquellas lecturas originales dejaron una huella profunda en sus escritos, especialmente la literatura francesa, que conoció en profundidad. Admiró a autores como Émile Zola o Guy de Maupassant, y en su obra podemos apreciar algunas de las características de la escuela naturalista.

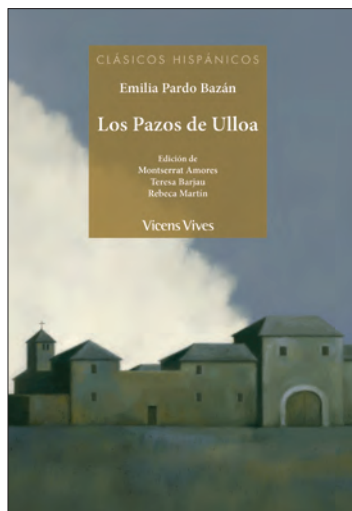
Emilia simultaneó sus lecturas y la creación literaria con la educación de sus tres hijos: Jaime, María de las Nie-

ves (Blanca) y Carmen Quiroga Pardo Bazán. En 1884, su marido adoptó una posición crítica con el acercamiento de la autora al naturalismo, que juzgaba contrario al decoro conservador y católico de la España de la época, y exigió a Emilia que abandonara la literatura. Finalmente, ambos decidieron separarse de manera amistosa, y la escritora pudo continuar con su actividad literaria. Tras su separación, Emilia mantuvo una relación amorosa e intelectual con Benito Pérez Galdós, uno de los grandes escritores del siglo XIX.

Evolución de su obra

El nacimiento de Jaime (1876), primer hijo de Emilia, coincidió con la escritura del *Estudio crítico de las obras del padre Feijoo*, obra ganadora de un concurso y que marcó formalmente el inicio de la carrera literaria de la autora. En aquellos años, Emilia aún no había abandonado totalmente la poesía, y en 1881 se editó su libro de poemas *Jaime*. Pero fue con su primera novela, *Pascual López: autobiografía de un estudiante de medicina*, publicada en 1879, cuando verdaderamente se inició su prolífica producción literaria. Pocos meses después, aceptó la dirección de la *Revista de Galicia*.

En 1881, la autora tomó la experiencia de un viaje a Francia como inspiración para escribir *Un viaje de novios*, cuyo prólogo es fundamental para comprender la importancia del naturalismo en su obra, junto con los artículos publicados entre 1882 y 1883 en la revista *La Época* bajo el título de *La cuestión palpitante*. En *La Tribuna* (1883), considerada la primera novela social y naturalista española, Emilia dio



A la izquierda, Emilia Pardo Bazán retratada por el fotógrafo francés Luis Sellier Loup en 1885, un año antes de escribir su obra maestra *Los pazos de Ulloa*. A la derecha, cubierta de la edición de *Los pazos de Ulloa* publicada en la colección *Clásicos Hispánicos* de Vicens Vives, bellamente ilustrada por Gianni de Cono.

voz a una mujer trabajadora y mostró su compromiso con el feminismo y la justicia social.

Tres años más tarde, la autora publicó su obra maestra *Los Pazos de Ulloa* (1886), una novela que retrata la decadente aristocracia rural gallega y las tensiones entre la vida urbana y la rural. En 1887, escribió la segunda parte de dicha obra, *La madre naturaleza*. Ambas novelas se inscriben en la línea naturalista, si bien entre *La Tribuna* y *Los pazos de Ulloa* vio la luz una novela que se apartaba de la técnica naturalista, *El cisne de Vilamorta*, en la que se aprecian ciertos elementos románticos además de la observación realista.

Entre *La madre naturaleza* (1887) y *La piedra angular* (1891), se publicaron *Insolación* (1889) y *Memorias de un solterón* (1896), novelas en las que la autora se acerca al rea-

lismo espiritualista, influenciada por sus lecturas del realismo ruso. *La Quimera* (1905) y *Dulce dueño* (1911) son dos novelas con las que, en cambio, se aproximó a la estética modernista y simbolista de final de siglo.

La extensa y variada producción literaria de Pardo Bazán abarca, además de sus novelas, poesía, teatro, ensayos literarios y periodísticos, libros de viajes, biografías y más de 600 cuentos.

Su legado feminista

Emilia Pardo Bazán fue una mujer adelantada a su tiempo: luchó por los derechos de las mujeres en una época en la que el feminismo era aún incipiente en España. Se autodefinió como “radical feminista”, y defendió firmemente que «todos los derechos que tiene el hombre debe tenerlos la mujer».

«Para el español, por más liberal y avanzado que sea, no vacilo en decirlo, el ideal femenino no está en el porvenir, ni aún en el presente, sino en el pasado. La esposa modélica sigue siendo la de cien años hace».

Su compromiso con el feminismo se manifestó tanto en su vida personal como en su obra literaria y actividades públicas. A través de sus personajes femeninos, mostró la dura situación de la mujer en su época, sometida primero al padre y al marido después.

Pardo Bazán reivindicó con ahínco el derecho de las mujeres a recibir una educación igualitaria, pues la consideraba un aspecto clave para la liberación femenina.

Por este motivo, en 1892, en el Congreso Pedagógico celebrado en Madrid, presentó su memoria *La educación del*



A la izquierda, caricatura anónima que muestra a Emilia Pardo Bazán poniéndose unos pantalones (ca.1895). Se conserva en el Museo del Pueblo de Asturias y pertenece al fondo documental de Patricio Adúriz. A la derecha, monumento a Emilia Pardo Bazán situado en la calle Princesa de Madrid, obra del escultor Rafael Vela del Castillo.

hombre y la mujer, donde defendió el derecho de las mujeres a recibir una educación íntegra y a ejercer una profesión en igualdad de condiciones.

«La ley lo permite; no excluye a la mujer del Instituto ni de la Universidad; la mujer puede ser bachiller, licenciado, doctor, en Medicina, en Derecho, en Filosofía y Letras. El obstáculo no está en la ley, sino en la costumbre. Pueden ir, pero no van. Esto es más deplorable que si mediase una prohibición (...); el retraimiento manso, rutinario, obstinado, resiste mejor al progreso, y no se sabe por dónde atacarlo, por dónde derrocarlo de su altar de piedra».

En 1891, con objeto de promover la formación intelectual de las mujeres, fundó la *Biblioteca de la Mujer*, una

colección editorial que incluía obras como *La esclavitud femenina* de John Stuart Mill.

La condesa de Pardo Bazán retrató en sus obras la violencia ejercida por los hombres contra las mujeres, y denunció con sutileza e inteligencia la desigualdad entre ambos sexos. Es esencial destacar que la autora fue, además, pionera a la hora de identificar y denunciar la violencia específica contra las mujeres, acuñando el término “mujericidio”.

«El abuso del poder, ¿no es circunstancia agravante? Cuando matan, a mansalva, a la mujer, ¿no debería exigírseles más estrecha cuenta? Y, sin embargo, los anales de la criminalidad abundan en mujericidios, impunes muchas veces, por razones especiosas, mejor dicho, por sofismas que sirven para alentar al crimen».

Emilia Pardo Bazán fue una mujer valiente para afrontar críticas y determinada para hacer oír su voz en espacios tradicionalmente masculinos, motivo por el cual puede considerarse un referente del feminismo español.

Últimos años

Entre los grandes logros de Pardo Bazán cabe destacar que fue la primera mujer en impartir una conferencia en el Ateneo de Madrid y en la Universidad de la Sorbonne de París. Su indiscutible valor intelectual no fue apreciado como se merecía, y nunca fue admitida en la Real Academia Española, una injusticia que reflejaba la desigualdad de género que tanto combatió. No obstante, en 1910 fue nombrada consejera de Instrucción Pública y, poco más tarde, se convirtió en la primera mujer en conseguir una cátedra universitaria en España.

Emilia Pardo Bazán, considerada la mejor novelista española del siglo XIX, falleció el 12 de mayo de 1921 en Madrid. Fue, sin lugar a duda, una mujer adelantada a su tiempo, que unió su talento literario a una profunda conciencia social.

La vida y la obra de la autora son un testimonio excepcional de su lucha por la igualdad de derechos entre mujeres y hombres. Su legado como escritora e intelectual sigue vigente más de cien años después de su muerte, y corrobora su posición como figura imprescindible en la historia literaria y cultural española.

UNA ESCRITORA ECLÉCTICA

Emilia Pardo Bazán ya nos lo advirtió en uno de sus escritos: «no soy idealista, ni realista, ni naturalista, sino ecléctica». Y así es; para nuestra escritora el objetivo del arte no era defender o criticar la moral desde una u otra corriente estética, sino la de representar la belleza.

La escritora transitó por todas las corrientes literarias del siglo XIX y principios del XX: Romanticismo, realismo, naturalismo, modernismo y simbolismo. Precisó, además, que el Romanticismo era inseparable de las nuevas corrientes literarias: «acaso el sentir romántico sea eterno, aunque se transforme en expresión literaria».

La condesa de Bazán dio a conocer el naturalismo en España, adaptando las influencias del escritor francés Émile Zola al contexto español. En *La cuestión palpitante*, la autora reflexiona sobre la propuesta narrativa que escandalizó a la sociedad española:

«Tal cual lo expone Zola, adolece la estética naturalista de los defectos que ya conocemos. Algunos de sus principios son de grandes resultados para el arte; pero existe en el naturalismo, considerado como cuerpo de doctrina, una limitación, un carácter cerrado y exclusivo».

A continuación, reivindica el realismo en estos términos:

«Ofrece una teoría más ancha, completa y perfecta que el naturalismo. Comprende y abarca lo natural y lo espiritual, el cuerpo y el alma, y concilia y reduce a unidad la oposición del naturalismo y del idealismo racional. En el realismo cabe todo, menos exageraciones y desvaríos de dos escuelas extremas, y por precisa consecuencia, exclusivistas».

Pero también intentó acallar a aquellos que criticaron o no entendieron adecuadamente el naturalismo:

«*El naturalismo no es* la imitación de lo que repugna a los sentidos.

El naturalismo no es tampoco la constante repetición de descripciones que tienen por objeto representar ante la fantasía imágenes de cosas feas, viles y miserables. Puede todo lo que hay en el mundo entrar en el trabajo literario, pero no entra nada por el mérito de la fealdad, sino por el valor real de su existencia.

El naturalismo no es solidario del positivismo, ni se limita en sus procedimientos a la observación y experimentación en el sentido abstracto, estrecho y lógicamente falso.

El naturalismo no es una doctrina exclusivista, cerrada, como dicen muchos: no niega las demás tendencias. Es más bien un oportunismo literario; cree modestamente que la literatura más adecuada a la vida moderna es la que él defiende.

El naturalismo no es un conjunto de recetas para escribir novelas, como han creído muchos incautos».



Postal que muestra a la condesa de Pardo Bazán escribiendo, conservada en el Archivo da Real Academia Galega.

En definitiva, Emilia Pardo Bazán reinterpretó el determinismo de Zola desde una óptica cristiana que, aunque reconoce el peso de la naturaleza, considera que sus leyes se pueden superar con la fuerza del espíritu y la voluntad. Su profundo catolicismo no podía negar el libre albedrío.

La superación del naturalismo se formalizó tras la lectura y el estudio de los novelistas rusos. La novela psicológica rusa de Dostoievski y de Tolstoi le abrió nuevos horizontes, más próximos a su ideología: proponía narrar desde el interior de los personajes, mostrar la vida del espíritu y huir del materialismo naturalista.

En sus últimos años de actividad literaria, la escritora se acercó a las propuestas modernistas y simbolistas. Sus novelas y algunos cuentos presentan escenarios artificiosos y cuidadas descripciones que rebosan de adjetivación y colorismo.

El mechón blanco

Los oficiales de la guarnición se hacían lenguas¹ de la hermosura de su Capitana generala.² ¡Qué cutis moreno más fresco! ¡Qué ojos más lánguidos³ y fogosos a la vez! ¡Cómo caían, velándolos con dulce sombra, las curvas pestañas! ¡Qué gallardo⁴ cimbrear⁵ el del gentil talle!⁶ ¡Qué andar tan airoso! ¡Qué arranque de garganta y qué tabla de pecho, bellezas apenas entrevistas en el teatro, al través de la mínima abertura del alto corpiño!⁷

Porque es de advertir que la generala, para irritar la imaginación y estimular con mayor fuerza la codicia de los varones, unía a su tipo meridional, provocativo y tentador, una gran reserva, un alarde de formalidad y recato sobrado aparente para no pecar algo de artificioso y postizo. Jamás se descotaba. Apenas usaba joyas. Vestía mucho de lana negra. No bailaba nunca. No sonreía a sus admiradores. Frequentaba las iglesias, y en sociedad apenas cruzaba palabra con los menores de cuarenta años. Sería más bien severa, se la podía citar como tipo acabado del decoro.⁸ Y el caso es que no sucedía así, y que en torno de la generala flotaba esa tempestuosa atmósfera que rodea a las mujeres cuya

1 *hacer lenguas*: alabar.

2 *capitana generala*: esposa del capitán general.

3 *lánguidos*: fatigados.

4 *gallardo*: garboso, airoso.

5 *cimbrear*: mover.

6 *talle*: cintura.

7 *corpiño*: blusa ajustada que, generalmente, se usaba como ropa interior.

8 *decoro*: recato, pudor.

virtud es un enigma propuesto a la curiosidad del público. ¿Acusaban de algo a la generala? ¿Había derecho para censurarla en lo más leve? No. Y, sin embargo, notábanse vagas reticencias en la voz, en el gesto, en la frase de las mujeres cuando comentaban su modestia y retraimiento,⁹ de los hombres, cuando chasqueaban la lengua contra el paladar para declararla *bocatto di cardinale*.¹⁰

Acaso sus mismas devociones y gravedades fuesen quienes conspiraban contra la pobre señora. Cuando se ponía la mantilla echando el velo a la cara y, rosario en muñeca, se dirigía a oír misa temprano, la sombra de la blonda¹¹ hacía más apasionada su palidez, más relucientes sus pupilas, y todo aquello del rosario y del encaje tupido parecía ardid¹² destinado a encubrir furtiva escapatoria amorosa. Los trajes de lana negra, en vez de ocultar sus formas, las acentuaban más, destacando el meneo de su andaluza cadera. La seriedad era en ella un gancho, lo mismo que en otras la risa. Su empeño en rehuir las ojeadas de los galanes hacía que sus ojos, al cruzarse por casualidad con otros, muy insistentes, despidiesen un relámpago que en vano pretendían esconder las pestañas traidoras. Su piedad era un señuelo, un cebo su melancolía mal encubierta por la corrección, propia de la distinguida dama, que sabía guardar ante los mirones. Por último, existía en ella —y eso sí que no podían negarlo sus defensores más resueltos— un pasado, un secreto, una cosa «que fue», una ceniza aún humeante depositada en el fondo del volcán de su corazón. No era su-

9 *retraimiento*: retiro, alejamiento.

10 «*bocatto di cardinale*»: expresión pseudoitaliana («bocado» se dice «boccone» en italiano) para expresar que algo es exquisito.

11 *blonda*: encaje, puntilla.

12 *ardid*: estratagema.

posición gratuita, ni fantástica novela: la generala llevaba la señal, la cicatriz de ese pasado; cicatriz indeleble,¹³ delatora. Entre los cabellos negros como la endrina,¹⁴ copiosos¹⁵ y ondeados, que recogía en lo alto de la cabeza sencillo moño, la generala lucía, junto a la sien izquierda, blanquísimo mechón de canas.

La malicia de los provincianos es como el ardid del salvaje: instintiva, paciente y certera. Acecha diez años para averiguar lo que no le importa. Hace arte por el arte; eclipsa a la Policía y, en cambio, obtiene el triunfo de comprobar que del mismo barro estamos amasados todos. Cruel, implacable, araña la herida para arrancar un grito de dolor que denuncie el punto donde sangra.

Así que los marinedinos¹⁶ dieron en sospechar que aquel mechón blanco sobre aquella cabellera de ébano¹⁷ podía tener su historia, buscaron ocasión de poner el dedo en la llaga y consiguieron cerciorarse de que habían dado en lo vivo. A la primera pregunta capciosa¹⁸ relativa al mechón, la generala, más blanca que la pared, cerró los ojos y estuvo a punto de caer desvanecida. Y siempre que se repitió el pérfido¹⁹ interrogatorio, pudo advertirse en la señora la turbación misma, idéntica angustia, igual sufrimiento.

Otro indicio más elocuente aún para los perspicaces indagadores fue cierta contradicción, de esas que pierden a un reo ante un tribunal. Al ser interrogada por la señora del

13 *indeleble*: imborrable.

14 *endrina*: ciruela silvestre de color negro azulado.

15 *copiosos*: abundantes.

16 *marinedinos*: habitantes de Marineda, nombre literario que da la escritora a la ciudad de A Coruña.

17 *ébano*: madera muy oscura.

18 *capciosa*: malintencionada.

19 *pérfido*: perverso.

auditor respecto al mechón blanco, la generala, temblorosa y en voz apenas perceptible, contestó:

—Nada..., consecuencia del tifus²⁰ que pasé en Huelva.

Y pocos días después, siendo la preguntona la marquesa de Veniales, el general, que estaba presente, fue quién respondió, alentando a su mujer con imperiosa mirada.

—Del susto de ver venírsele encima un aparador inmenso cargado de loza, se le puso repentinamente blanco ese mechón.

¡Qué par de bases para la curiosidad marinedina! ¡La generala y su marido contradiciéndose; la generala y su marido, de acuerdo para encubrir la historia verdadera del mechón misterioso!

Desde aquel día, el general se vio observado con tanto empeño como su mujer. Ojos de microscopio, ojos omnilaterales, ojos de mosca se posaron en el digno militar para diseccionarle el alma.

Se estudió su carácter, se comentó su edad y su figura. El general frisaría²¹ en los cincuenta y siete; pero sanito como una manzana, derecho, entrecano, enjuto,²² solo representaba cuarenta y cinco. Con su uniforme a caballo, aún podía atraer alguna dulce mirada femenina. Ni era calvo, ni tosía; contrastaba con su mujer por lo comunicativo y afable, y la risa franca de sus labios, adornados por limpio bigote gris, descubría dientes blancos y auténticos. En nada se parecía al tipo del esposo incapaz de disfrutar y defender el cariño de una mujer apetecible y bella. Era el hombre joven por dentro, vigilante del honor y sediento del

20 *tifus*: enfermedad infecciosa.

21 *frisaría*: se acercaría, rozaría.

22 *enjuto*: delgado.

amor, y que lleva espada al cinto para guardar su tesoro. Pues no obstante...

Una persona había en Marineda a quien los rumores, las nieblas y las conjeturas que iban espesándose en torno de la generala hacían pasar la pena negra. No era ningún ayudante de dorada cordonadura, ningún húsar²³ de arqueado pecho; estos se chuparían quizá los dedos tras la generala, mas no sabían consagrarle la silenciosa devoción que le consagraba Rodriguito Osorio, hijo mayor de la marquesa de Veniales, mozo espigado ya. A los diecinueve años, con asomos de barba y más estatura y más cuerpo que el general, Rodriguito apenas conocía la maldad humana: había-se educado muy sujeto, muy en las faldas de su madre, y sus mejillas aún no habían olvidado los rubores de la niñez.

¿A qué detallar una vez más el conocido fenómeno de la pasión loca inspirada al adolescente por la mujer de treinta años cumplidos? Este caso se presenta en la vida real tan a menudo, que ya debe incluirse entre las enfermedades de marcha fija, de crisis pronosticable, según las observaciones de la ciencia.

Rodriguito enfermó de mucho cuidado, siendo claro síntoma de la calentura el ansia de sublimar,²⁴ de divinizar a la generala. Ocultaba el muchacho su mal como si fuese el pecado más vergonzoso —cuando realmente era el brote, en fragantes rosas, de su bella eflorescencia juvenil—, y oía los comentarios relativos al mechón con ímpetus de cólera unas veces; otras, con desaliento amargo. Si se atreviese a dar un escándalo, desharía a alguno de los maldicientes... solo con apretar los dedos. Ya sentía rabiosa curiosidad por rasgar el

23 *húsar*: jinete militar húngaro.

24 *sublimar*: ensalzar.

velo del pasado de la generala; ya juzgaba sacrilegio el intentar lo siquiera; ya con infantil disimulo, torcía la conversación cuando su madre y las amigas de su madre discutían por centésima vez el secreto del mechón; ya, en los saraos de confianza de la Capitanía General, clavaba los ojos con doloroso éxtasis en aquel rasgo de plata que como pincelada trágica cruzaba la sien de la señora...

¿Adivinó ella lo que pasaba en el alma de Rodriguito? ¿Fue coincidencia de simpatía, fue capricho, fue necesidad de algo que la consolase del espionaje y la pública sospecha? La generala principió a fijar los ojos, a hurtadillas, en el hijo de la marquesa de Veniales... Hacíalo con tal disimulo, con tan hábil oportunidad, que solo el venturoso Rodrigo pudo notarlo. Al pronto se creyó engañado por un casual encuentro de pupilas... Sin embargo, las ojeadas se repitieron tanto y fueron tan largas, tan intensas, tan elocuentes, tan propias para trastornar y enloquecer a quien ya no tenía por suyo el albedrío...²⁵ ¿A todo esto, ni una palabra se había cruzado entre Rodrigo y la dama!

Una noche de invierno entró Rodrigo en la Capitanía antes que llegase nadie. La generala estaba sola, sentada ante un veladorcito, bordando; inclinaba la cabeza; la luz del quinqué²⁶ bañaba su pelo y el mechón relucía como nieve. No hay seductor de oficio que tenga los desplantes de los novatos. La inexperiencia es madre de la osadía. Rodrigo miró alrededor, se convenció de que estaba solo, acercóse furtivamente y, en una de esas posturas que ni son arrodillarse ni sentarse, que tienen algo de adoración y muchísimo de exceso de confianza, echó a la generala los brazos al cue-

²⁵ *albedrío*: razón, voluntad.

²⁶ *quinqué*: lámpara de petróleo.

llo y, delirando de felicidad, besó el mechón una y mil veces. Lo raro fue que la generala, en vez de rechazarlo, dejó caer la cabeza, suspirando, sobre el hombro del primogénito de Osorio.

Aquello duró un segundo. Las botas del ayudante rechinaban ya en el pasillo. Voces de señoras resonaban en la escalera. Separáronse los culpables, trocando una mirada insensata, sin freno, que lo decía todo. La generala volvió a bordar, derecha, grave y muda como siempre.

El héroe del sarao, aquella noche, fue el forastero presentado por la marquesa de Veniales: un sobrino suyo que, por influencias de su elevada parentela en la corte, venía a Marineda a desempeñar un empleo en Hacienda. Era el tal muchacho elegante, de ameno trato, muy agradable danzarín, y su presencia animó la reunión y alegró no poco a las señoritas marinedinas, siempre afligidas por el absentismo de los hombres. Al salir de la reunión, el forastero colmó la medida de la finura ofreciendo el brazo a su tía la marquesa. Francamente, lector, ¿no sospechas de qué hablarían tía y sobrino, hasta el portal de la casa de Veniales? ¿Del mechón blanco? ¡Naturalmente! Y el forastero hizo entrever el séptimo cielo a la señora, diciéndole con petulancia:²⁷

—¡El mechón blanco! Ya lo creo. Conozco su historia. ¿No ve usted que estando yo de oficial primero en la Delegación de Zaragoza, vivía allí el general con su mujer? Solo que entonces era brigadier²⁸ no más.

—¿De veras, Juanito? —balbució la marquesa, tartamuda de gozo—. ¿De veras sabes la historia del mechón blanco? ¿No me la contarás, dí?

²⁷ *petulancia*: jactancia, altivez.

²⁸ *brigadier*: oficial.

Hallábase ya en el portal, y Rodrigo, que venía un poco rezagado, se incorporaba al grupo.

—Hoy no, tía... Es tarde y ustedes van a subir...

—Hijito..., si te parece, ahora. En un instante...

—Pues abreviaré —contestó resignadamente el forastero—. Esta señora tenía en Zaragoza... lo que usted puede suponer..., con un oficial de artillería, muy guapo. El marido se ausenta..., cuatro o seis días, y al volver, lo de cajón: recibe un anónimo... Malintencionados, que nunca faltan..., o desechados, que es lo más probable. Escena dramática, reconvenções, amenazas, gritos de ella, protestas, juramentos, aquello de ¡soy inocente!, por aquí, y ¡me calumnian!, por allá. El marido, que es todo un hombre, la agarra, me la lleva delante de un Cristo y le dice: «Júrame aquí, ante Dios, que es falso lo que cuenta el anónimo». La mujer, muerta de miedo, sale por este registro: «Te lo juro por la vida de nuestra hija». Se me había olvidado: tenía una chica de cuatro años preciosa. Bueno, el marido se conforma; hay reconciliación y todo como una balsa. A las veinticuatro horas, la chiquilla con calentura; a las cuarenta y ocho, en el otro mundo, de una meningitis. Cuando la madre volvió a presentarse en público, lucía ese mechón de canas. Adiós, tía, que está usted de pie y en ese portal hay corrientes.

El forastero se volvió, y dando un grito de sorpresa, añadió:

—Tía... ¿Qué es esto? ¿No ve usted? Rodrigo se ha puesto muy malo. A ver..., yo le sostengo... Pero ¿qué le pasa a este chico?

Cuentos

Emilia Pardo Bazán

Esta antología reúne diez cuentos representativos de Emilia Pardo Bazán (1851-1921), una de las grandes figuras de la narrativa en lengua castellana. Escritora incansable, feminista pionera y narradora excepcional, Pardo Bazán explora en ellos temas como la desigualdad de género, la violencia, la represión, el deseo, las obsesiones, la culpa o la hipocresía social. En las páginas de estos relatos el lector encontrará mujeres valientes, adolescentes que sueñan una huida, poetas obsesionados con la perfección, amigos traicioneros y secretos que cambian vidas. Con un estilo cercano unas veces al naturalismo y otras a la alegoría simbólica, Pardo Bazán despliega en su escritura una extraordinaria variedad de registros y recursos literarios, y da prueba de su convicción de que el cuento es una forma más trabada y artística que la novela: exige narrar con rapidez, describir solo lo necesario y mantener el interés desde el inicio hasta el fin.

Esta selección ofrece una lectura amena y cuidada, ideal para trabajar en el aula. Se acompaña de unas actividades didácticas destinadas a profundizar en la comprensión de los textos y de una esmerada introducción que contextualiza la obra y expone las principales claves interpretativas de los textos.

